

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL INCENDIO DE UN ALMA

ANTE LOS ESCOMBROS DEL ANAHUAC



MAUCCI H^{OS} MEXICO

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Tercera serie.—Después de la conquista

¡ El incendio de un alma!

ante los escombros del Anahuac

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



¡El incendio de un alma!

México, la gran ciudad de *Tenochtitlán*; la capital del magnífico y esplendoroso imperio del Anahuac; la grandiosa metrópoli donde resplandecían las torres de sus templos y los murallones de sus palacios, sobresaliendo con maravillosísima portentosidad de lujo y arte, México la ciudad asentada en el centro del gran lago del Valle, ha sido tomada por los extranjeros blancos!...

Oh! sí!..... *Tenochtitlán* ha sucumbido!

Ya no queda ni un solo *teocallí* en pie en la gran ciudad, capital del imperio del Anahuac; ya no se alza un solo palacio ni aún las misera-

bles chozas de cañas ó viles ramajes de árboles pueden atestiguar los antiguos frutos.

Todo es ahora miseria, abandono, desierto..... Tenochtitlan está convertida en ruinas, en densas humaredas de escombros, en una densa tristeza



de ruinas lamentables de donde se desprenden aromas siniestras. ¿Qué pasa?... ¿Qué borrasca arrasó para siempre la grandiosa ciudad?—¿En donde quedaron las tropas de los fatuosos empe-

radores aztecas antiguos, de aquellos que hicieron de unas turbas valientes la gloria de la raza nueva que habría de dominar poderosamente á otras razas?...

¡Pobre *Tenochtitlan*!...

¡Cuán triste y lóbrega fué tu muerte allá en las tenebrosas lejanías!.

¡Cuán tristemente expiró *Tenochtitlan*. Todas sus casas ardieron; sus *teocallis* ó templos se vinieron abajo, incendiándose repentinamente todas .. y más allá los palacios y los almacenes arrojaron columnas de humo y de llamas, mientras abajo, por los canales, volaban las canoas ligerísimas, llevando á los más terribles guerreros!...

¡Ardía la ciudad en sus pobres restos! — ¡Ardía porque ya todos los pocos guerreros que aún quedaban en pie, estaban dispuestos á presenciar la hecatombe!... ¡Ya todos, todos estaban de súbito repentinamente decididos á los combates!...

— ¡Decididos á los combates! — preguntarán mis lectores... Oh! si... ¡había en los últimos defensores de la ciudad de México una decisión terrible!...

¡*Tenochtitlan* cayó en poder de los españoles, pero después de un sitio espantoso, siniestro; después de un sitio en que corrió tanta sangre

que habría con ello para apagar la sed de medio millón de hombres en tres días, de medio millón de sanguinarios! ¡Así fué como cayó después de los primeros meses del sitio la ciudad opulenta de *Tenochtitlan!*...

• • • • •
El gran *Cuanh̄temoc*,—ya lo habéis visto, mis buenos amiguitos lectores—el Vice-emperador, soberbio, altivo y con la dignidad con que siempre se hacía temer, el gran *Te uhtli*, reservado, sereno y frío, defendió impávido todos los puntos que podrían tener cualquiera significación; pero á última hora no pudiendo emprender una fuga que podría ser ignominiosa, sube á su grande y elegante barca; le acompañan las familias más distinguidas, y allá, á la luz de los incendios y de los rayos, hasta que su pobre barquilla es alcanzada por el bergantín de aquel audaz caballero que dirigia su embarcación hacia la del príncipe azteca... Los españoles alcanzaron en su fuga al emperador *méxica!*..... Cayó *Cuanh̄temoc!*...

El príncipe, el audaz y nob'e *Tecuhtli*, se entregó con amplia gallardía á sus vencedores; *Hernán Cortés* abrazó á la pobre efigie del que tanto y tanto había producido palabras de desafío y odio! ¡Los dos caudillos se abrazaron!...

¡Por fin moría el Imperio del *Anahuac!*.....

— Oh!, mis buenos amiguitos, ¿os acordáis de aquellos viejos salones de los templos aztecas? ¿Os acordáis de los *teocalis* donde las danzas se hacían entre grandes algazaras y bienestar, al son de roncós caracoles y con imitaciones de alegres bailes y solemnes festejos?...

.

*
* *

¡Pues bien, los pueblos aliados contra los *aztecas*, como fueron los *tlaxcaltecas*, los *acoluates tepanecas*, los *huexotzincas*, los *Xochimilecas* los *tolonacas*, los *tarascas*, los *mistecas*, *zapotecas* y otras varias porciones de pueblos que antes estaban sujetos al imperio de *Tenochtitlan*... pues bien, si, todos estos pueblos, antes tan amigos y sumisos del poderío azteca, todos estos que manifestaron tan pronto su cariño á *Tenochtitlan*, amando á la poderosa dinastía de sus emperadores... oh! si todos esos que en un tiempo se mostraron tan dignos de llevar las armas contra los enemigos de *Tenochtitlan*, todos ellos, todos, todos se unieron entre sí para atacar todos reunidos ciudades, razas y pueblos hasta formar ejércitos contra los mexicanos!...

¡Y ya lo visteis, amiguitos míos!

¡*Tenochtitlan* cayó!

La opulenta ciudad azteca, la capital del *Imperio*, cayó desmoronada, cayó en *mihajas*, en torbellinos de llamas, en nubes de humo rojizo,



surcado por zig-zags de relámpagos amarillos, hasta que todo caía en lóbreguez siniestra... ¡en sombras oscuras y verdosas!

¡Pobre *Tenochtitlan*!...

Cuando la ciudad azteca quedó á merced, á la merced de los mismos españoles, no se encontraron ni calles ni plazas, ni mercados, ni palacios, ni *teocalis*, ni jardines, ni primorosos parques, ni puentes perfectamente aislados..... ni tiendas, ni grandes establecimientos de enseñanza... ¡Ya no existía el portentoso *Cahuecael*... ¡Y tampoco existía el grandiosísimo *Tepuchcalli*...

—¡No... estos lugares donde eran admitidos los jóvenes para nuprar á las jóvenes que anhelaban continuar sus estudios y ser verdaderamente útiles á su patria sirviendo en el ejército, después de años más años, hasta llegar á ser algún día algo!...

¡Todo cayó en la sombra!... ¡Toda la ciudad se convirtió en cenizas!... Tenochtitlan desapareció para siempre, y al desaparecer la *capital* de la portentosa reunión de reinos, sus ríos y provincias, que formaban el imperio de ANAHUAC, este imperio se hundió para siempre...

¡Jamás en todos los siglos surgiría!

Ya sabéis cuán grande fué el heroísmo de Cuauhtemoc, amiguitos míos, defendiendo la ciudad, haciéndola perecer verdaderamente de hambre y sed.

¡No había perdón; no había misericordia!...

México se rindió, cuando sus acequias se llenaron de cadáveres; cuando corría tanta sangre en los combates que las aguas se teñían de rojo... y cuando por fin por todas partes no se escuchaban sino alaridos de cólera ó lamentables quejas de los heridos... ¡Rotos los puentes; interceptados los canales, henchidas de cadáveres las calzadas, cayendo lluvias de sangre, sin saberse de dónde... cuando todo era una sucesión de pirámides negras y rojizas, cuando todo no era sino un caos y montones de escombros... cuando tanto espanto hubo cayó *Tenochtitlán*, siendo hecho prisionero el mismo Cuauhtemoc!

¡Ay de la raza azteca!... ¡Ay de *Tenochtitlán*!... ¡Ay del truferio del *Anahuac*!

El sitio de la sagrada ciudad de *Jerusalem*, tan espantosamente horrible, apenas puede ser comparable en sus horrores con el sitio de México, en que tanto heroísmo manifestaron los tecuh-tles que mandaba el valiente caballero Aguila, el magnifico *Cuanhtemoc*.

¿Sabéis cuantos infelices mexicanos cayeron tan solo en los combates? ¡Más de cien mil!... ¡y ello sin contar con los miles de desdichados que habían perecido á causa de la multitud de enfermedades y pestes horrosas que se cebaron en el campamento de los aztecas, dentro de sus

casas, agobiados por la miseria y las supersticiones!...

De *nuevecientos* que asistieron con las armas en la mano al sitio de México, cayeron á los golpes de sus enemigos méxicas, más de cien...

Y ahora, amiguitos, agregad á estas víctimas del orgullo de los conquistadores, otros cien aventureros, otros centenares que fueron los que quedaron allá muy lejos, cerca de *Tiacopan*... ah, y aquellos séres caídos también bajo los golpes de los enemigos aztecas, aquellos cuatrocientos infelices parecían en las noches aparecer sobre los escombros de la muerta ciudad, como pidiendo bienestar y paz para sus atribulados espíritus!...

¡Cuánto incendio!... ¡Cuántos efímeros edificios de fuego, cuántas fantásticas torres de llamas, que se retorcían con rojos reflejos en el ambiente negro de la noche, iluminaban la llanura de negras aguas mudas, en cuyo centro se alzaba la antigua ciudad de *Tenochtitlan*!...

¡Cuán triste era la agonía de la capital del Imperio de Anahuac! ¡Después de la sangre, venía el fuego... fuego, mucho fuego y muchas llamas!



Hernán Cortés, desde lo alto de un antiguo palacio, solía contemplar con inaudita y bárbara alegría al espectáculo sombrío de los escombros de la ciudad de Tenochtitlán que ardía sinies- tramente, de día y de noche... y mientras iban sa- liendo en largas y tristes procesiones los habitan- tes de la ciudad vencida.

¡Qué grupos de mendigos, de gentes desnudas, de harapientas mujeres y de temblorosos ancianos iban saliendo de los escombros de la ciudad, in- sultados todos aquellos pobres por los mismos es- pañoles y *tlaxcaltecas*!...

¡A veces hasta los mismos perros que llevaban los españoles se echaban encima de los infortuna- dos habitantes que iban saliendo, saliendo, dejan- do allá, bajo sus casas derrumbadas, miles de sé- res queridos que habían muerto defendiendo la patria...!

Altas columnas de humo se levantaban del cen- tro de lo que había sido la ciudad de Tenochtit- lán... y allá, en la plataforma de un palacio, en la orilla del canal, bajo un toldo de púrpura y de finas plumas, entre rosas frescas y verdes tules, el vencedor caudillo español contemplaba aquel espectáculo esperando con tranquilidad que aca- bara de arder todo aquello...!



A su lado, se encontraba siempre la hermosa *Malinche*, vestida con un riquísimo traje al estilo azteca, adornado precisamente con esmeraldas y piedras preciosas.

Un paje español cuidaba de su amo, quien contemplaba el incendio de la ciudad, ya destruída por completo.

De repente gritó Hernán Cortés.

— ¡Oye, Marina!...

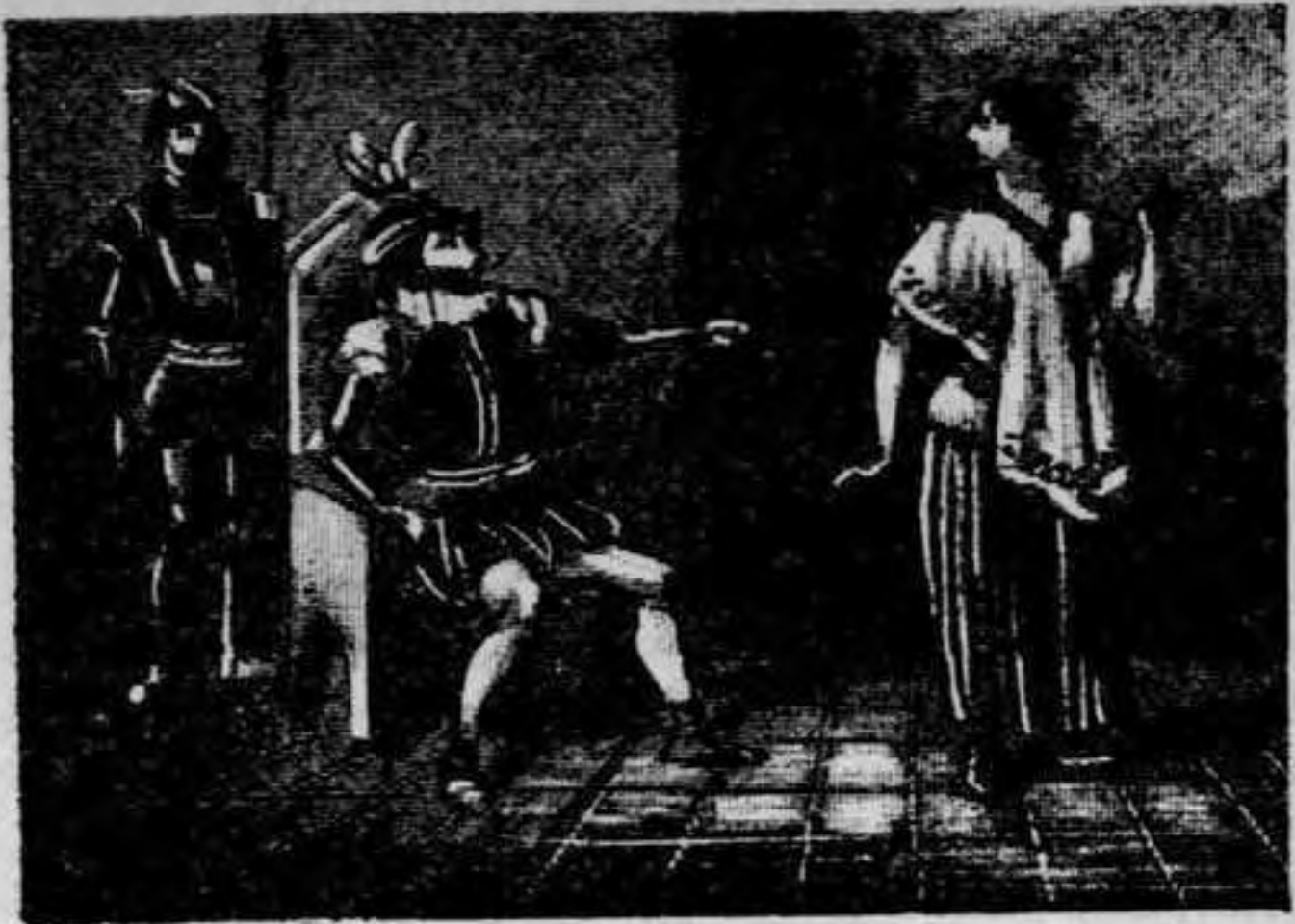
— ¡Señor! contestó la linda esclava.

— ¿Conque tu no podrás averiguar nunca dónde están escondidos los tesoros del Imperio azteca?... ¿Conque nunca podrás saber el lugar donde los han dejado?... ¡Responde!... Responde, Marina.

Así; con un acento de gran colera, rugió Cortés, mirando de hito en hito á Marina, á aquella mujer á quien tantas magnificencias le debía... Oh! sí... porque Hernán, el feliz conquistador del Anahuac, más de una vez había salvado su vida por causa del valor, de la abnegación, ó de los consejos de aquella *Malinche*!...

¡Y sin embargo, Hernán al pensar en los tesoros de la ciudad que veía arder, hubiera quemado á Malinche, por una palabra suya!

¡Ya comprenderéis hasta dónde puede el envi-



lecimiento de la avaricia en los corazones más grandes!

¡Hernán Cortés amaba el oro!

¡Cuánta sangre había derramado y debía se-

guir derramando aún por su insensata ambición!

—¿Dónde están esos tesoros, Marina? volvió á preguntar el terrible conquistador.

—Oh, mi señor, mi amado señor... Te juro por mi vida, que no lo he podido averiguar... Cuando lo sepa, te lo diré...

—¿Y quien sabe donde están los tesoros del Imperio del Anahuac?

—¡*Cuanhtemoc!*

—¡Pues bien; si dentro de tres días no le arrancas el secreto del tesoro á mi prisionero... tú y él y sus amigos sufrirán el tormento del fuego... vé... y ay de ti y de ellos, *Malitzinc!*...



Así gritó Hernán Cortés mientras ardía aún la ciudad espléndida, que abrigó tantos palacios, tantos tēmplos y almacenes y regios edificios, parques y jardines... ahora convertida en inmensa hoguera, donde ardian los despojos de un imperio!...

¡Cuánta era la alegría de Cortés y de sus hombres de guerra esperando el oro que habría de encontrarse bajo los cadáveres y las cenizas!...

¡El alma del conquistador ardía también presa de gran avaricia!

Lo que antes se llamaba el *Anahuac*, se denominaría en adelante, desde el año de 1521, La Nueva España!...

Dejemos arder á la orgullosa ciudad, mientras Hernán sueña en los magníficos tesoros del Imperio... ¿Dónde estaban?

Pronto los sabréis, amigos míos...

FIN